





# LA ACCIÓN LIBERAL

## El mitin de ayer en Zaragoza

### IMPRESIONES

Hace unas horas comunicábamos por teléfono impresiones recogidas en el tren acerca de lo que pudiera ser este acto de Zaragoza, en el que ha presidido un entusiasmo que, aunque circunscrito a los grupos políticos y a las gentes ligadas a ellos por vínculos de intereses electorales y partidistas, con ausencia casi absoluta del pueblo, que se ha mostrado completamente indiferente en las calles y en los lugares públicos, es muy digno de ser mencionado.

Acertamos en gran parte al pronosticar que los oradores habrían de escamotear la grave cuestión militar surgida con la petición de retiro del teniente coronel Millán Astray.

No obstante, a la salida del tren de Madrid, todos opinaban que hoy no se trataría en el mitin de otra cosa... Pesaba demasiado sobre el ánimo público el conflicto surgido para que pudiera ser soslayado! Y, sin embargo, únicamente el marqués de Alhucemas hizo algunas manifestaciones concretas, no obstante la avidez del público del mitin por oír la expresión contraria a la actuación de las famosas Comisiones informativas, que suplantaban habrían de formular los prohombres liberales.

Y esto ha constituido la nota característica del mitin.

Imaginamos a una muchedumbre ávida de las severas condenaciones que en un tiempo estuvieron en boca y fueron el tema principal de los prohombres liberales, y comprendéis la decepción ante la prudencia y la timidez que sellaron los labios de los oradores.

Aquel «hay que oír a las dos partes» del Sr. Alba tuvo su expresión en las reservas con que los prohombres trataron en el mitin de dicha cuestión.

«Hay que imponer la soberanía del Poder civil», dijo con excesiva amplitud de concepto el Sr. Alvarez. «Es menester que cese la mediatización de los elementos militares», afirmó así o de modo análogo el Sr. Alba. «Es preciso remediar el mal», confirmó el señor Gasset. Pero todos coincidieron en la misma salvaded: «siempre que impere el reinado de la equidad y de la justicia».

Lo que no se cuidó nadie de poner en claro, como es ya costumbre inveterada, es el señalar las garantías de que esta justicia y esta equidad serán en el porvenir cumplidas.

En otro tiempo tal vez se hubiera aprovechado este tema oportunista para airear, remover y agitar el espíritu liberal. Las circunstancias de hoy no lo hicieron necesario. Las Juntas militares han encontrado en el acto de Zaragoza la más condescendiente transigencia que pudieran soñar. No serán los liberales el acicate y el estímulo que algunos supusieron para que la anhelada su-

premacía civil se imponga íntegramente. Queda el asunto relegado a la fecha del turno correspondiente en las discusiones parlamentarias. De acá a entonces «la realidad política» quizás encauce las opiniones de los hombres públicos, más aficionados a esta orientación nacida del instinto popular, que a encauzarla y dirigirla, como dicen que ocurre en otros países adelantados del planeta.



EL MARQUÉS DE ALHUCEMAS  
(Dibujo de Vázquez Calleja.)

Sin embargo, hay que hacer constar sinceramente que el marqués de Alhucemas expresó, con cierta rotundidad, su opinión sobre la cuestión del día, aunque en términos generales y sin enjuiciar ni hostigar a nadie. Dijo que su opinión particular, desligada de los otros prohombres liberales, en el asunto de las escalas militares, era el del libre turno de elección; pero con la suprema resolución del Parlamento. Es decir, el sistema anterior a la última reforma legislativa, que enmendó un fracaso, arrancando a las Cortes una función puramente ejecutiva. Ya sabemos, pues, cuál es la solución a medias—que nadie llamaría solución—que los grupos liberales darían, en su día, a la cuestión de las escalas.

Respecto de los restantes temas que integran el programa de la concentración, no estuvimos a primera hora, cuando mal perejamos unas cuartillas en el tren, cuya transmisión dificultó la censura, con temor, por nuestra parte, de la pérdida de la pureza del sentido gramatical de lo transmitido, no estuvimos, decimos, muy distanciados en nuestro pronóstico, de lo que después ocurrió.

Podemos envanecernos de este modesto golpe de vista que nos condujo al acierto. El marqués de Alhucemas ratificó su discurso del Senado, con plena confirmación de los propósitos de la reforma constitucional. Tan secreta era esta actitud del jefe, que bien claramente advirtiéndose la sorpresa agradable del prohombre reformista ante la confirmación de los ofrecimientos del jefe de la concentración. D. Melquiades Alvarez rompió a aplaudir con calor y entusiasmo, cuando comprobó públicamente la actitud del marqués de Alhucemas, que robusteció su virtud política más preciada, la más excelsa, en nuestro sentir, de que puede gozar un hombre público: la formalidad y la firmeza de los ofrecimientos.

Por lo que respecta a este punto político, tan relacionado con el último discurso del conde de Romanones, queda desvanecida toda duda: habrá reforma constitucional. Quien la admita, que la acepte, bien entendido que sus límites son modestos: señalamiento de plazos fijos para la reunión del Parlamento y una tímida reforma del Senado. Acudirá el conde de Romanones, en su día, a prestar, con su sacrificio personal, apoyo a la concentración de hoy? No se puede poner puertas al campo. Este es el resumen de lo

dicho. Venga a la concentración el conde en buena hora; pero sin ceder en un ápice y en lo fundamental del programa de los concentrados. El tiempo nos dirá si al fin se salvará la pureza del programa o si se rebajará la ley del metal puro de la concentración con una aleación de última hora.

Nada hallamos de nuevo en los discursos de los Sres. Alvarez y Alba. Esto es el mejor elogio que puede hacerse a una probidad política por parte de amigos y adversarios. El discurso de D. Melquiades, magico de elocuencia—vigor juvenil no entibiado con el transcurso del tiempo, y belleza de forma, como nunca elegante y sugestiva—, fué una ratificación de otras bellas oraciones oídas anteriormente en Cádiz y en Madrid. El programa económico y fiscal del Sr. Alba subsiste con la virtud, dentro de lo discutible de las teorías y de los programas, de conservar los mismos ofrecimientos expuestos en tantas ocasiones. Esta es una nota digna de tenerse en cuenta. Parece pesar, al fin, sobre los políticos esta consideración, tanto tiempo desdeñada, de la firmeza de los ofrecimientos y de la pureza de las resoluciones. La conducta—comprenden—tiene más valor ante las gentes que las más bellas palabras que una retórica elegante y sugestiva pueda enlazar, con habilidad de artífice, para desfigurar las intenciones.

Ahora, que falta la principal ratificación: la que se haya de ofrecer al país desde los consejos de la Corona. Nosotros, ajenos, tal vez por observarla muy de cerca, a las luchas políticas, y con independencia absoluta de juicio, pensamos que tal vez uno de los mayores daños que hunden al país es la falta de un verdadero y fuerte partido liberal, que obliga a las aberraciones constitucionales de que hablaba, quejándose, el marqués de Alhucemas, y que impone procedimientos liberales a los Gobiernos conservadores. Esta falta de fe, de resolución, en los partidos



D. RAFAEL GASSET  
(Dibujo de Vázquez Calleja.)

liberales es lo que ha determinado en España la indiferencia de un lado, el anárquico sindicalismo de otro.

No son, no, los tibios y justificados procedimientos de Gobierno de los partidos conservadores los causantes de este desasosiego social. Cúlpense de él los mismos liberales, que recluidos hace muchos años en la esfera de las conveniencias acomodaticias, ni quieren colocarse a la cabeza de los grandes anhelos liberales, ni saben salirse en el Poder de los procedimientos tradicionales, no obstante los excesos ofrecimientos, siempre diluídos y rematados en bellas palabras.

JUAN M. MATA

Zaragoza, 10.

### Comienza el acto

Zaragoza, 11.—Los alrededores del teatro Principal hallábanse llenos de gente desde las tres de la tarde. Desde las cuatro y media se había formado una enorme cola de público para entrar en el teatro.

Fuerzas de Seguridad y de la Guardia Municipal, a pie y a caballo, mantenían el orden.

El teatro estaba adornado con plantas y flores, y en el escenario se habían colocado sillones preferentes para los jefes parlamentarios.

Detrás tomaron asiento los ex ministros y las Comisiones de Madrid y provincias.

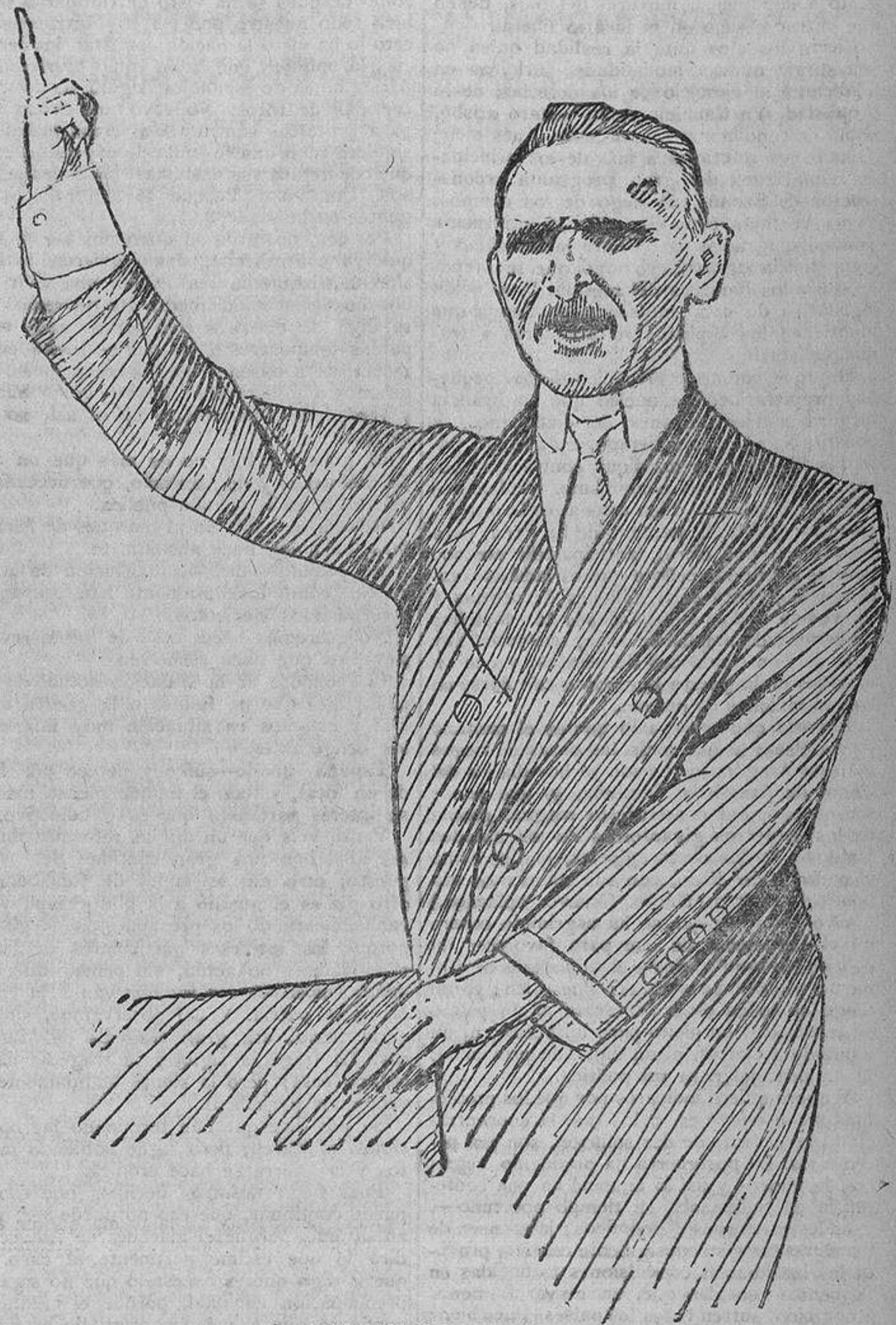
La Prensa tuvo reservado un sitio en las butacas de orquesta.

A las seis en punto, el marqués de Alhucemas ocupó la presidencia y a sus lados tomaron asiento los Sres. Gasset, Alvarez (don Melquiades), Alba y Gascón y Marín. Allí presentarse en el escenario fueron ovacionados.

#### EL SR. GASCON Y MARIN

Inicia los discursos el Sr. Gascón y Marín y dice:

—Los aplausos con que acabáis de recibir mi presencia aquí, sólo son hijos del afecto que me profesáis, porque los que me conocen saben que yo siempre he procurado servir, dentro de mi modestia, en las filas del



D. MELQUIADES ALVAREZ

(Dibujo de Vázquez Calleja.)

Partido liberal en que milito, los intereses de mi patria.

Luego dedica un sentido recuerdo a don Amós Salvador, y añade que las personalidades que van a tomar parte en el acto le ahorran hacer su presentación.

«Mi presentación—añade—se reduce a hacer ante todo la del partido liberal de Zaragoza, en el que están los cimientos de la patria, porque en este hermoso país siempre perdura el amor a la libertad.

Venis aquí a trazar las normas de nuestro programa y debéis hacerlo sinceramente, con la franqueza proverbial de esta tierra, porque ya estamos hartos de los convencionalismos y de las combinaciones a que apelan los políticos para ocultar o disrazar sus pensamientos. Esperamos ver en vosotros a los hombres de la Asamblea del Senado.

Recuerda la labor realizada por el señor Mont en favor de la agricultura, y habla del carácter social del Sr. Azcárate, para el cual tiene también grandes elogios.

—Nosotros—dice—tenemos que ser liberales de verdad; tenemos que aspirar a que el partido liberal no sea lo que fué, sino que sea otro gran partido que nos traiga reformas, que no constituyan el fin para ir a la gobernación del Estado, sino que constituyan el medio de que se sirva el partido para gobernar.

Nosotros vemos que en todos los países, los partidos se reúnen alrededor de una bandera.

Aquí, el país ansia una reforma agrícola, y Aragón quiere que se le atienda en este sentido.

Recuerda que los Sres. Gasset y Alba presentaron cuando fueron poder un presupuesto de reconstitución nacional, en que se atendían las aspiraciones de Aragón.

—Pues bien; mañana, cuando los dos ilustres políticos miren los alrededores de la ciudad y vean que no se ha hecho nada de lo que se proponía en aquel presupuesto, estimarán la necesidad de proceder con urgencia al remedio de los males.

Saluda a las Comisiones de provincias que honran el acto con su presencia, y saluda a las damas que nunca estuvieron ausentes del ideal de la libertad, pues fueron siempre el auxilio y sostén de los hombres que lucharon por la libertad.

Advierte que el entusiasmo no debe ser para las personas, sino para los ideales y para las reformas que demandan las necesidades de la patria.

A continuación da lectura a la adhesión del Sr. Alcalá Zamora, que tiene hoy que asistir a una vista en Sevilla.

#### EL SR. GASSET

Al levantarse el Sr. Gasset es saludado con aplausos.

—Aun cuando tengo muy escasas relaciones personales en Zaragoza, me parece estar aquí

rodeado de amigos, y es que nos une el poderoso vínculo del común ideal.

Por eso me enorgullece hablar en Zaragoza en este acto de concentración liberal.

A mi juicio—dice—, el discurso-programa que pronuncié en el Senado el jefe



D. SANTIAGO ALBA

(Dibujo de Vázquez Calleja.)



D. JOSE MARIA GASCON Y MARIN

(Dibujo de Vázquez Calleja.)









